

sa, se manifiestan por medio de síntomas muy análogos (epidemias), y se vuelven contagiosas cuando obran en masas cerradas y compactas de individuos. Estas enfermedades ó fiebres (1) son todas de una naturaleza especial, y como los casos individuales que se manifiestan tienen igual origen, ponen también constantemente á los que las padecen en un estado morbozo idéntico en todo, que abandonado á sí mismo, termina en poco tiempo por la muerte ó la curación. La guerra, las inundaciones y el hambre son con frecuencia las causas de estas enfermedades; pero pueden depender también de miasmas agudos que reaparecen siempre bajo la misma forma, y á los que por consiguiente se dan nombres particulares. De estos miasmas, los unos no atacan al hombre sino una sola vez en el curso de su vida, como la viruela, el sarampion, la coqueluche, la fiebre escarlatina (2) de Sydenham, etc., y los otros pueden afectarle repetidas veces, como la peste de Levante, la fiebre amarilla, el cólera morbo asiático, etc.

74. Desgraciadamente todavía debemos contar en el número de enfermedades crónicas, estas afecciones tan generalizadas,

(1) El homeópata, que no participa de las preocupaciones de la escuela médica ordinaria, es decir, que no asigna como ella á estas fiebres un número determinado, del cual la naturaleza no puede pasar, ni les impone nombres que obliguen á seguir tal ó cual marcha trazada en el tratamiento, no reconoce tampoco las denominaciones de fiebre de las cárceles, fiebre biliosa, tífus, fiebre pútrida, fiebre nerviosa, fiebre mucosa: cura todas las enfermedades, tratando á cada una según lo que presenta de particular.

(2) Después de 1801, los médicos han confundido una miliar purpúrea venida del Oeste (*roodvonk*) con la fiebre escarlatina, aunque los signos de estas dos afecciones son del todo diferentes, aunque el acónito es el medio curativo y preservativo de la primera, y la belladona el de la segunda, y por fin, aunque siempre la primera afecta la forma epidémica, mientras que la otra las mas veces es esporádica. Ambas afecciones parece que en estos últimos tiempos se han confundido, en algunas localidades, con una fiebre eruptiva de una especie particular, contra la cual estos remedios no han sido perfectamente homeopáticos.

zadas, que los alópatas ocasionan con el uso prolongado de medicamentos heróicos á crecidas dosis y siempre en aumento, con el abuso de los calomelanos, del sublimado corrosivo, del unguento mercurial, del nitrato de plata, del iodo, del opio, de la valeriana, de la quina y de la quinina, de la digital, del ácido prúsico, del azufre y del ácido sulfúrico, de los purgantes prodigados durante años enteros, de sangrías y sanguijuelas, de los cauterios, de los sedales, etc. Todos estos medios debilitan sin compasión la fuerza vital, y si es que esta no sucumbe poco á poco y de un modo particular á la acción de cada sustancia, alteran á lo menos su ritmo normal de tal modo, que para garantir la vida de los agentes hostiles, se ve obligada á modificar el organismo, á extinguir ó exaltar la sensibilidad ó la escitabilidad en un punto cualquiera, á dilatar ó estrechar, endurecer ó reblandecer ciertas partes, á provocar acá y allá lesiones orgánicas, en una palabra, mutilar el cuerpo, tanto en su interior como en su exterior (1).

75. Estos trastornos de la salud, debidos á la fatal práctica de la alopatía, de la que se han visto los mas tristes ejemplos en los tiempos modernos, constituyen las mas peligrosas é incurables de todas las enfermedades crónicas. Mucho siento verme en la necesidad de decir, que parece imposible descubrir ó imaginar un medio para curarlas, cuando llegan á cierto grado.

76. El Todopoderoso, al crear la Homeopatía, solo nos ha dado armas contra las enfermedades naturales. En cuanto á estos desórdenes que un falso arte ha fomentado, muchas veces

(1) Si por último el enfermo sucumbe, el que lo ha tratado, descubriendo en la autopsia del cadáver los desórdenes orgánicos que son el resultado de su impericia, jamás deja de presentarlos á los inconsolables parientes como un mal primitivo incurable. Los tratados de anatomía patológica contienen los productos de estos deplorables errores.

durante años enteros, en el interior y el exterior del organismo humano, con medicamentos y tratamientos nocivos, solo pertenece á la fuerza vital el repararlos, cuando no ha sido demasiado debilitada, y cuando puede, sin que nada la turbe, consagrar años enteros á una obra tan laboriosa. Todo lo mas que puede hacerse, es auxiliarla con medios dirigidos contra algun miasma crónico que pudiera muy bien encontrarse todavía oculto. No hay ni puede haber medicina humana que pueda conducir al estado normal estas innumerables anomalías, tan comunmente engendradas por el método alopático.

77. Se dá muy impropriamente el dictado de crónicas á las enfermedades que padecen los hombres que están sometidos incesantemente á influencias nocivas, de las que podrian sustraerse; que hacen habitualmente uso de alimentos ó bebidas perjudiciales á la economía; que se entregan á excesos ruinosos para la salud; que carecen á cada instante de las cosas necesarias á la vida; que viven en parajes mal sanos, y sobre todo, en sitios pantanosos; que no habitan mas que cuevas ú otros lugares estrechos y sin ventilacion; que carecen de aire y de movimiento; que se debilitan por trabajos excesivos de cuerpo ó de espíritu, y que se encuentran continuamente devorados por el pesar, etc. Estas enfermedades, ó mas bien, estas privaciones de salud, que uno mismo se ocasiona, desaparecen por el solo hecho de un cambio de régimen, á menos que no exista algun miasma crónico, y no se les puede dar el nombre de enfermedades crónicas.

78. Las verdaderas enfermedades crónicas naturales, son aquellas que deben su origen á un miasma crónico, que progresan incesantemente, cuando no se les oponen medios curativos específicos, y que, á pesar de todas las precauciones imaginables, relativamente al régimen de cuerpo y espíritu, abruma al hombre con padecimientos, que siempre van en

aumento hasta el término de su existencia. Estos son los tormentos mas numerosos y mas grandes de la especie humana, puesto que el vigor de la constitucion, la regularidad del género de vida y la energía de la fuerza vital, nada pueden contra ellos.

79. Entre estas enfermedades miasmáticas crónicas, que cuando no se curan, solo se extinguen con la vida, la sífilis es la sola que se ha conocido hasta el dia. La sícosis, de la que tampoco puede triunfar la fuerza vital por sí sola, no ha sido considerada como una enfermedad miasmática crónica interna, formando una especie aparte, y se la creia curada despues de la destruccion de las escrescencias de la piel, sin atender á que su foco ó manantial existia siempre.

80. Pero la psora es un miasma crónico incomparablemente mas importante que esos dos. Aquellos revelan la afeccion interna ó específica de donde provienen, el uno por medio de úlceras, y el otro por escrescencias en forma de coliflores. Despues que la psora ha infectado todo el organismo, anuncia su miasma crónico interno por una erupcion cutánea particular, á la que acompañan un prurito voluptuoso insoportable y un olor especial. Esta psora es la sola y verdadera causa fundamental y productora de las innumerables formas morbosas (1) que

(1) Doce años de investigaciones me han sido necesarios para encontrar el origen de este increíble número de afecciones crónicas, descubrir esta grande verdad, desconocida de todos mis predecesores y contemporáneos, establecer las bases de su demostracion, y reconocer al mismo tiempo los principales medios curativos propios para combatir todas las formas de esta hydra de mil cabezas. Mis observaciones relativas á este punto están consignadas en el tratado de las enfermedades crónicas, que he publicado en 1828. Antes de haber profundizado esta importante materia, solo podia enseñar á combatir todas las enfermedades crónicas como entidades aisladas, por medio de sustancias medicinales, conocidas hasta entonces por sus efectos en el hombre sano, de modo que mis discipulos trataban cada caso de afeccion crónica, como una enfermedad independiente, como un

*teoría
de los
mias-
mas,*

bajo los nombres de debilidad nerviosa, histerismo, hipocondría, manía, melancolía, demencia, furor, epilepsia y espasmos de toda especie; reblandecimiento de los huesos ó raquitismo, scoliosis y cifosis, caries, cáncer, fungus hematodes, tegidos accidentales, gota, hemorroides, ictericia y cianosis; hidropesía, amenorrea, gastrorragia, epístaxis, hemoptisis, hematuria, metrorragia, asma y supuración de los pulmones, impotencia y esterilidad, hemicránea, sordera, catarata y amaurosis; mal de piedra, parálisis, abolicion de un sentido, dolores de toda especie, etc.; figuran en las patologías como otras tantas enfermedades propias, distintas é independientes unas de otras.

10 de Junio
81. El paso de este miasma al través de millones de organismos humanos en el curso de algunos centenares de generaciones, y el extraordinario desarrollo que con este motivo ha debido adquirir, esplican hasta cierto punto, cómo puede ahora manifestarse bajo formas tan diferentes, sobre todo, si se tiene en consideración el número infinito de circunstancias (1) que ordinariamente contribuyen á la manifestación de esta

grupo distinto de síntomas, lo que no impedía el que las aliviaran con frecuencia lo bastante, para que la humanidad doliente pudiera felicitarse de los beneficios de la nueva medicina. ¡Cuánto mas satisfecha no debe estar la escuela moderna, ahora que se ha aproximado mucho mas á la razón, y que para la curación de los males crónicos, debidos á la psora, ha encontrado remedios mas homeopáticos aun (los antipsóricos), entre los cuales el verdadero médico elige aquellos, cuyos síntomas medicinales corresponden mejor á la enfermedad crónica que quiere curar!

(1) Algunas de estas causas, que modificando la manifestación de la psora, le imprimen la forma de enfermedades crónicas, dependen evidentemente, ya del clima y de la constitución individual, ya de la influencia especial del sitio que se habita, ya de las diversidades que presenta la educación física y moral de la juventud, en unas partes descuidada, en otras retardada por mucho tiempo, y en otras llevada al exceso; del abuso que se hace de ella en las relaciones de la vida, del régimen, de las pasiones, de las costumbres; de los usos y de los hábitos.

grande diversidad de afecciones crónicas (síntomas secundarios de la psora), sin contar la variedad infinita de complejiones individuales. Así, pues, no debe sorprendernos que organismos tan diferentes, penetrados del miasma psórico, y sometidos á tantas influencias nocivas exteriores é interiores, como con frecuencia obran sobre ellos de un modo permanente, ofrezcan también un número incalculable de afecciones, de alteraciones y de males, que la antigua patología (1) hasta ahora ha citado como enfermedades diferentes, designándolas con una multitud de nombres particulares.

(1) ¿Cuántos no se encuentran en el número de estos nombres que tienen un doble sentido, y por cada uno de los cuales se designan enfermedades muy diferentes, no teniendo muchas veces relación las unas con las otras mas que por un solo síntoma, como: fiebre intermitente, ictericia, hidropesía, tisis, leucorrea, hemorroides, reumatismo, apoplejía, espasmo, histerismo, hipocondría, melancolía, manía, angina, parálisis, etc., que, se tienen por enfermedades fijas siempre semejantes entre sí, y que en razón del nombre que llevan se tratan siempre con el mismo plan? ¿Cómo justificar la identidad del tratamiento médico en la adopción de semejante nombre? Y si el tratamiento no debe ser el mismo, ¿por qué se da un nombre idéntico, que supone también coincidencia en el modo de ser atacado por los agentes medicinales? *Nihil sane in artem medicam pestiferum magis unquam irrepsit malum, quam generalia quedam nomina morbis imponere, isque aptare velle generalem quamdam medicinam*; así es como se espresa Huxham (opp. phys. med., t. 1), médico tan esclarecido como concienzudo. Fritze se queja también (Annalen, 1, p. 80) de que se dé el mismo nombre á enfermedades esencialmente diferentes.

«Hasta las enfermedades epidémicas, dice, que probablemente se propagan por un miasma específico en cada epidemia, reciben nombres de la escuela reinante, como si fuesen enfermedades estables, ya conocidas, y se presentasen siempre bajo la misma forma. Así es que se habla de fiebres de los hospitales, de las cárceles, de los campamentos; de las fiebres pútridas, biliosas, nerviosas, mucosas, aunque cada epidemia de estas fiebres erráticas se manifiesta bajo la forma de una enfermedad nueva, que jamás se habia presentado, y que varía mucho, tanto en su curso como en sus síntomas mas notables y en el modo de comportarse. Cada una de ellas difiere tanto de todas las epidemias anteriores, sin que por eso dejan de llevar el mismo nombre, que sería menester oponerse á todos los principios de la lógica para imponer á enfermedades tan di-

82. Aunque el descubrimiento de este gran manantial de afecciones crónicas haya hecho dar á la medicina algunos pasos mas hácia el de la naturaleza del mayor número de enfermedades que se presentan al médico para su tratamiento, sin embargo, en cada enfermedad crónica (psora) que el médico homeópata es llamado, no debe cuidar menos que antes de observar bien los síntomas preciables y todo lo que tienen de particular, porque no es mas posible en estas enfermedades que en las otras, obtener una verdadera curacion sin indivi-

» versas uno de los nombres que han sido introducidos en la patologia, y arreglar
 » despues su conducta médica segun el nombre de que se hubiera de este modo
 » abusado. Sydenham es el único que ha comprendido esta verdad (opp. cap. 2.
 » de Morb. Epid. p. 43), porque insiste en que no se debe creer jamás en la
 » identidad de una enfermedad epidémica con otra que ya se ha manifestado, y
 » tratarla en consecuencia de esta semejanza, porque las epidemias que se han
 » declarado en tiempos diversos, siempre han sido diferentes unas de otras: *Ani-*
 » *» mum admiratione percellit, quam discolor et sui plane dissimilis morborum epide-*
 » *» micorum facies; quæ tam aperta horum morborum diversitas tum propriis ac sibi*
 » *» peculiaribus symptomatis, tum etiam medendi ratione quam hi ab illis disparem sibi*
 » *» vindicant, satis illucescit. Ex quibus constat, morbos epidemicos, utut externa*
 » *» quantatenus specie et symptomatis aliquot utrisque pariter convenire paulo incautio-*
 » *» ribus videantur, ne tamen ipsa, si bene adverteris animum, alienæ esse admodum*
 » *» indolis et distare ut aera lupinis.»*

Es claro, por consiguiente, que estos nombres inútiles de enfermedades, de que tanto se abusa, no deben tener ninguna influencia en el plan del tratamiento adoptado por un verdadero médico, que sabe no deberse juzgar y tratar las enfermedades segun la semejanza nominal de un síntoma aislado, sino segun el conjunto de todos los signos del estado individual de cada enfermo; pues su deber es indignar escrupulosamente los males, y no el darles importancia con hipótesis gratuitas. Sin embargo, si se cree necesitar algunas veces nombres para darse á entender al vulgo en pocas palabras, cuando se habla de un enfermo en particular, no deben al menos emplearse mas que palabras colectivas. Debe decirse por ejemplo, el enfermo tiene una especie de córea, una especie de hidropesía, una especie de fiebre nerviosa, una especie de fiebre intermitente. Pero no se debe decir jamás; tiene la córea, la hidropesía, la fiebre nerviosa, la fiebre intermitente, etc.; porque seguramente no existen enfermedades permanentes y siempre semejantes á sí mismas que merezcan estas denominaciones.

dualizar cada caso particular de un modo riguroso y absoluto. Solamente es menester distinguir si la enfermedad es aguda ó crónica, porque en el primer caso, los síntomas principales se manifiestan con mas rapidez, el cuadro de la enfermedad se traza en mucho menos tiempo, y hay muchas menos preguntas que hacer, presentándose por sí mismos la mayor parte de los signos á los sentidos del observador (1).

83. Este exámen de un caso particular de enfermedad, que tiene por objeto presentarla bajo las condiciones de la individualidad, solo exige, por parte del médico, un espíritu sin prevencion, sentidos perfectos, atencion al observar, y fidelidad al trazar el retrato de la enfermedad. Contentarémonos con esponer aquí los principios generales de la marcha que debe seguirse, y solo se adoptarán aquellos que son aplicables á cada caso especial.

84. El enfermo hace la relacion de lo que experimenta; las personas que le rodean refieren de qué se ha quejado, cómo se ha comportado, y lo que han observado en él; el médico vé, escucha; en una palabra, observa con todos sus sentidos lo que hay de anormal y extraordinario en el enfermo. Lo escribe todo en el papel, aun con las mismas palabras de que este último y los asistentes se han servido. Los deja acabar sin interrumpirlos (2), á menos que no se pierdan en digresiones inútiles, y solamente tiene cuidado de prevenirles al empezar, que hablen con lentitud, para poderles seguir escribiendo lo que crea necesario anotar.

85. A cada nueva circunstancia que el enfermo ó los asistentes refieran, el médico empieza otra línea, á fin de que los

(1) Por consiguiente, la marcha que voy á trazar para la investigacion de los síntomas, solo conviene en parte á las enfermedades agudas.

(2) Toda interrupcion rompe el enlace de ideas del que habla, y no le vuelven despues á la memoria del mismo modo que queria espresarlas al principio.

sintomas estén escritos separadamente los unos debajo de los otros. Procediendo así, será fácil añadir á cada uno de ellos, además de las noticias vagas que le hayan comunicado al principio, las nociones exactas que pudiera adquirir despues.

86. Cuando el enfermo y las personas que le rodean han concluido su relacion espontánea, el médico se informa con mas precision de cada síntoma, y procede para esto del modo siguiente. Vuelve á leer todos cuantos le han señalado, y al tratar de cada uno en particular, pregunta, por ejemplo, ¿á qué época se verificó tal accidente? ¿Fué antes del uso de los medicamentos que el enfermo ha tomado hasta ahora, ó mientras los tomaba, ó solamente algunos dias despues de haber dejado su uso? ¿Qué dolor, qué sensacion exactamente descritos, se ha manifestado en tal parte del cuerpo? ¿Qué sitio ocupaba con exactitud? ¿Se hacia sentir solamente el dolor por accesos, ó bien era continuo y sin cesar? ¿Cuánto tiempo duraba? ¿A qué época del dia ó de la noche, y en qué situacion del cuerpo era mas violento, ó cesaba del todo? ¿Cuál era el carácter exacto de tal accidente, de tal circunstancia?

87. El médico hace que le precisen de este modo cada uno de los indicios que le habian dado al principio, sin que jamás sus preguntas estén concebidas de suerte que dicten en cierto modo la respuesta (1), ó pongan al enfermo en el caso de no tener que responder mas que sí ó nó. Obrar de otro modo, sería esponer al preguntado á negar ó afirmar, por indiferencia ó por complacer al médico, una cosa falsa, ó solamente verdadera á medias, ó del todo diferente de lo que realmente sucede. Así, pues, de esto resultaria un cuadro infiel de la en-

(1) Por ejemplo, el médico no debe decir, ¿tal ó cual cosa ha sucedido de este modo? Dar semejante giro á sus preguntas, es sugerir al enfermo respuestas falsas é indicaciones engañosas.

fermedad, y por consiguiente una mala eleccion de los medios curativos.

88. Cuando el médico encuentra, que, en esta relacion espontánea, no se ha hecho mencion, ya de muchas partes ó funciones del cuerpo, ya de las disposiciones del espíritu, pregunta si tienen todavia algo que decir con respecto á tal parte ó tal funcion, ó tal ó cual disposicion moral (1); pero tendrá gran cuidado de sujetarse á términos generales, con el fin de que la persona que le suministre las aclaraciones, se vea obligada á explicarse de una manera categórica.

89. Cuando el enfermo (porque á escepcion de las enfermedades simuladas, á él es á quien debemos referirnos con frecuencia en todo lo que tiene relacion con los síntomas que experimenta) ha suministrado por sí mismo todas las noticias necesarias, y completado bien el cuadro de la enfermedad, el médico puede hacer algunas preguntas especiales, si no está suficientemente enterado (2).

(1) Por ejemplo: ¿rige de vientre el enfermo? ¿Cómo orina? ¿Cómo es el sueño durante el dia y la noche? ¿Cuál es la disposicion de su espíritu y de su humor? ¿Hasta qué punto es dueño de sus sentidos? ¿Dónde siente la sed? ¿Qué gusto experimenta en la boca? ¿Cuáles son los alimentos y bebidas que mas le gustan? ¿Cuáles son los que mas le repugnan? ¿Encuentra á cada alimento, á cada bebida, el sabor que debe tener, ú otro gusto extraño? ¿Cómo se siente despues de haber comido? ¿Tiene alguna cosa que decir relativamente á su cabeza, á sus miembros, ó á su vientre?

(2) Por ejemplo: ¿cuántas veces ha obrado el enfermo? ¿De qué naturaleza eran las materias? ¿Las deyecciones blanquecinas eran mucosas ó fecales? ¿La salida de los excrementos iba acompañada de dolores ó no? ¿De qué naturaleza son precisamente estos dolores y dónde se hacen sentir? ¿Qué es lo que el enfermo ha hechado por arriba? ¿El mal gusto que tiene en la boca es pútrido, amargo, ácido ú otro? ¿Se hace sentir antes, durante ó despues de comer? ¿A qué época del dia lo expetimenta particularmente? ¿Qué gusto tienen los eruptos? ¿La orina es turbia, ó se enturbia al cabo de algun tiempo de estar en reposo? ¿Qué color tiene al momento de su salida? ¿Cuál es el color de su sedimento? ¿Cómo se comporta el enfermo mientras duerme? ¿Se queja? ¿Jime? ¿Habla? ¿Grita? ¿Se despierta con-